

¿HACIA UNA TEORÍA DEL REFRÁN? (UN NUEVO INTENTO DE INDAGACIÓN PAREMIOLÓGICA)

Esther Forgas Berdet

Abordar una pretendida teoría del refrán teniendo en cuenta toda su complejidad, extensión y diversidad no parece, a simple vista, tarea fácil. A pesar de ello, todas las dificultades que se plantean en la mente del futuro investigador cuando se evoca este propósito resultan minimizadas frente a los graves, casi irresolubles problemas con los que se enfrenta quién acomete, aun con la mayor voluntad y disposición posibles, tal tarea.

El mundo del refrán, el maravilloso mundo del refrán –parodiando el título de un famoso libro de lingüística– representa ni más ni menos que la condensación, expresión y sintetización del universo complejo e inaprehensible de la lengua.

Caben en él tanto el estudio *léxico*, pormenorizado, de sus elementos, como el estudio *sintáctico*, estadístico, de sus estructuras posibles, o el estudio del componente *semántico*, que se presenta en el refrán con toda su complejidad: homonimias, polisemias, desplazamientos, connotación, ambigüedad... e incluso el estudio *filológico*, que nos encara directamente con las cuestiones dialectales, los arcaísmos, o los términos disociados a propósito para favorecer la rima.

Por si ello fuera poco el refrán presenta todavía algunos problemas adicionales: el de las fuentes o la autoría, el de la datación, el de la localización geográfica, el de su supervivencia y aplicación inespecífica, etc. y tantos otros como relacionan al hombre, su cultura, su historia y su vida con el lenguaje del que se sirve para manifestarlas.

Antes de adentrarnos por los laberintos del tema de la fiso-

nomía de los refranes tenemos para con el lector otro inexcusable deber: el de referirnos a una siempre problemática e incómoda cuestión, la de la fijación terminológica.

Si en lingüística el problema de la terminología es espinoso y prácticamente insoluble, en el caso que nos ocupa lo es todavía más puesto que en muy contadas ocasiones los lingüistas modernos se han preocupado del tema, y si lo han hecho ha sido para incorporar un nuevo término a la ya nutrida lista de los existentes. De los vocablos *refrán*, *proverbio*, *sentencia*, *fábula*, *moraleja*, *adagio*, todos nos hemos servido en alguna ocasión y probablemente aplicándolos a contenidos distintos. En general, en nuestra opinión, todos ellos pueden responder a un amplio y común sentido: el de propiciar una fórmula, un modelo de conducta lingüística que por parte del hablante le redima de la obligatoriedad de la creación léxica, y por parte del oyente le sugiera no ya el contenido de una comunicación que exprese con mayor o menos exactitud el mundo del emisor, sino un mensaje connotativo, que evoque en el receptor las imágenes de su propio mundo. El mensaje pierde así su valor de denotación, y por ello durante tanto tiempo y en tan repetidas ocasiones se nos ha hablado del refrán como transmisor de una filosofía y de toda una visión del universo, aunque ésta sea estereotipada, con un léxico preconcebido y una sintaxis carente de creación.

¿Podemos decir por lo tanto que el refrán es lenguaje, o simplemente *señal*? ¿La pérdida de su facultad creadora, innovadora, le convierte en mera señal comunicativa?. Éstas y muchas otras cuestiones plantea a nuestro entender esta forma de lenguaje llámese *lexía*, *refrán*, *dicho* o *frase hecha* que, de cumplirse las predicciones de algunas voces proféticas, irá cada día ganando más adeptos en nuestra sociedad y pasará a convertirse en la más fácil, simple y «económica» forma de comunicación, para la cual conceptos como *competencia*, *creatividad* o *innovación* lingüística sean meros recuerdos del pasado ¹.

Algunos lingüistas, desde perspectivas más modernas, se limitan a definir el refrán, dicho o sentencia desde un punto de vista estructural o como unidad semántica. En este sentido el profesor Coseriu habla de «unidades del discurso repetido» y considera a éstas (frases metafóricas, proverbios, dichos, sentencias, «wellerismos», refranes) como documentos literarios y como tales estudiados por las ciencias literarias. No considera que competan a la lexicología ya que «no tienen nada de «léxico», y si se quisiera abusar del sufijo *-ema* se las podría denominar «textemas»; para

estas unidades podría reservarse el nombre genérico de locuciones»².

El concepto de refrán como una forma de literatura, que ha tenido sus defensores cualificados en estudiosos como Margit Frenk de Alatorre, que rastrea en nuestra lírica popular las incursiones del Refranero y en éste los restos de cantares y coplas populares, encuentra entre los lingüistas seria oposición. Entre ellos, también B. Pottier considera todos estos elementos en su función léxica cuando habla de «lexías textuales» sin distinción de procedencia o intencionalidad. Y por último un estudioso español que se ha ocupado recientemente del tema, el prof. Lázaro Carreter, habla de «lenguaje literal incorporado a la competencia de los hablantes que forman una misma comunidad idiomática»³.

Para nosotros, como se ha señalado, será *paremia* (y *refrán* en sentido amplio, como sinónimo de ésta) toda ordenación léxico-sintáctica esclerotizada que emplee el hablante de una lengua con conciencia de que se trata de una unidad. El hecho de que en lenguaje coloquial y aun en el literario⁴ se empleen con cierta frecuencia porciones de estas lexías disociadas de su contexto o trastocado éste a propósito no hace sino reforzar el supuesto de que se está operando con pautas lingüísticas memorizadas y pertenecientes a la colectividad y asumidas por todos de tal manera que incluso el hablante puede permitirse la licencia de reproducir solamente una parte de ellas («Quién mucho abarca... Dime con quién andas...») o de modificar su léxico.

Una vez fijadas estas premisas y gracias al numeroso caudal de refranes, frases hechas, dichos, proverbios, en una palabra: *paremias*, que de nuestra lengua poseemos, parece razonablemente prudente arriesgarse a esbozar algunas conclusiones acerca de la naturaleza —compleja y heterogénea— del refrán. Debo confesar que unos años atrás, al comienzo de mis investigaciones paremiológicas, albergaba la secreta y pueril esperanza de lograr deducir o al menos entrever algo sobre la fisonomía de la *paremia*, algo que me permitiera aventurar las bases de una futura Teoría del Refrán. Obviamente esta ambición, nacida de la ignorancia más que de la realidad, se vió mermada y seriamente disminuída a medida que me iba adentrando en el mundo del refrán e intentaba que encajasen en unos moldes preestablecidos todos y cada uno de los dichos, sentencias, proverbios, frases, locuciones y expresiones que, con un criterio nunca excluyente, agrupaba bajo el nombre de *paremias*. Por esa razón, después de recopilar, ordenar, intentar clasificar, desentrañar, adivinar y escudriñar cerca de

seis mil refranes de carácter agrícola habré conseguido a lo sumo establecer un catálogo: el de las dificultades, riesgos y problemas de índole diversa que una tarea como ésta conlleva.

Lo he intentado a pesar de todo, y vaya por delante mi esceptica declaración de principios, puesto que lo que sigue no es más que un conjunto de acotaciones hechas al vuelo del Refranero, sugeridas, nunca deducidas, de un dicho, un refrán, un conjunto de ellos, una denotación curiosa o una expresión popular lograda.

INVENTARIO DE CUESTIONES EN TORNO AL REFRÁN

I. El problema de los orígenes: localización y datación

Es desde luego tarea casi imposible fijar el momento en el que un dicho o un refrán pasó al caudal común de la lengua. Cuando Joaquín Calvo Sotelo escribe en el Prólogo de la segunda edición del *Refranero General* de Martínez Kleiser que el nacimiento del refrán «es tan misterioso como el de los insectos» y que sus orígenes son tan difíciles de hallar como «las fuentes del Amazonas» está diciendo con su fácil verbo lo que trataré de corroborar.

Si bien es cierto que algunos refranes pasaron a la lengua común a través de la literatura que los popularizó –y por tanto sus orígenes son conocidos y demostrables–, la inmensa mayoría de los ejemplares paremiológicos de nuestra lengua son debidos al alma popular, a su imaginación y gracejo. De ellos, algunos permanecen vivos a través de los tiempos, podemos rastrearlos en la literatura y en las colecciones de refranes desde la aparición de éstas, y todavía nos valemos de ellos en nuestra lengua actual:

- *Dádivas quebrantan peñas*
- *Quien a buen árbol se arriba buena sombra le cubre.*

Son dos ejemplos de pervivencia temporal, puesto que, prescindiendo de sus posibles fuentes clásicas, los encontramos ya en colecciones tan antiguas como la de D. Iñigo López de Mendoza y el *Seniloquium* respectivamente. En este sentido, limitándonos a las fuentes escritas, podemos únicamente datar la más antigua fecha de aparición del refrán en la literatura, pero esto no nos informará claramente de su época de formación.

Otros refranes cuyo origen clásico está convenientemente explicitado en la literatura griega o latina⁵, nos relevan un nacimiento cierto y remoto, a pesar de las transformaciones y adaptaciones que han ido sufriendo en su reconversión a las distintas

lenguas del ámbito romance. Algunos son proverbios populares latinos y como tales aparecen ya en Quintiliano, precedidos de «ut illud...», o «ut dicunt...» para reforzar su carácter popular y anónimo, y otros pueden pertenecer a fuentes cultas, por ejemplo, según sugiere el prof. Casas Homs, a los poetas Ovidio y Marcial que gracias a su gran popularidad entre los soldados conquistadores «constituían los núcleos culturales latinos de las nuevas nacionalidades».

Porque el refrán, como acertadamente apunta el prof. Lázaro Carreter, nace «no en el acto de su invención, sino en el de la aceptación y absorción por la comunidad», es tarea inútil fijar su datación basándose en las fuentes literarias. Pero no ocurre ésto con los Refraneros, cuya motivación es precisamente la notarial, la de testificar los refranes que «dizen las viejas tras el fuego», o sea, los que el pueblo usa ya en aquel momento como moneda de cambio aceptada y reconocida por la comunidad. Y si éstos han llegado hasta nosotros es porque en ningún momento han perdido su vigencia, y ésta es una característica imprescindible en la tradición oral. Si hubieran caído en desuso habrían desaparecido, como es el caso de tantos refranes, muchos de los cuales hemos reproducido en nuestro estudio, que son ya quizá —esto no podemos asegurarlo— piezas de museo lingüístico, utensilios que nadie usa ya y que han perdido, por lo mismo, su sentido y razón.

Otro posible sistema es el de la datación por exclusión. Se puede experimentar en ciertos refranes cuyo léxico o cuyo sentido nos indican sin lugar a dudas su edad máxima y su presumible tiempo de aparición. Nos referimos a refranes como

- *Trillo con tarara es un instrumento que evitará pérdidas sin cuento.*
- *Tierra inclinada que hayas de labrar en bancales es preciso transformar*

de la colección de Nieves de Hoyos⁶, cuya época de aparición, sobre todo del primero, podemos datar con muy ligero margen de error en el momento de la primera maquinización del campo con la introducción de la tarara (ventilador) en las faenas del aventado de la parva trillada, al mismo tiempo que su época de fijación ha de ser anterior a la actual tecnificación agrícola puesto que estos primeros aperos mecánicos han quedado ya claramente desfasados por la nueva maquinaria.

También refranes de contenido a todas luces moderno, como los de la colección de Martínez Kleiser⁷

- *Mejor sirve a España un buen galán arando que un mal político discursando.*
- *Más valen dos buenos aradores que veinte malos oradores.*
- *Quítenle las tierras al que ni las ara ni las siembra y sólo langosta cria en ellas.*

de claro contenido social, propio de nuestra historia moderna, son susceptibles de una datación por exclusión y sugieren una época de fijación no demasiado lejana.

En relación con la localización geográfica del refrán tenemos que plantear igualmente numerosos problemas y escasas soluciones. Asegurar que tal o cual refrán es autóctono y propio de una región o comarca, o incluso de una nación, sin realizar un exhaustivo examen de sus probables fuentes y un minucioso estudio de paremiología comparada, no resulta lógico. Ello es bastante difícil y no se ha llevado a cabo, que nosotros sepamos, con los refranes de nuestra lengua⁸ debido a numerosas dificultades. Por todo lo dicho, pretender la localización geográfica de un refrán por el mero hecho de que éste se acostumbre a usar en tal o cual región o comarca, nos parece, como mínimo, iluso.⁹

Otra cosa es inventariar los refranes que son comunmente conocidos o empleados en una comarca, región o pueblo. Ello nos informará, seguramente, de la selección inconsciente que sus habitantes han realizado entre todo el cuerpo de los refranes de la lengua, y posiblemente encontraremos algunos, creados o adaptados por ellos, que podremos datar inequívocamente como pertenecientes a la localidad en cuestión. Ocurre así con los refranes que poseen en su léxico referencias geográficas concretas

- *El tinto de Cuacos; de Jarandilla el blanco, de Pasarón el clarete, de Jaraiz, de toda suerte.*
- *En las procesiones de Albalat, unos van delante y otros van detrás. Y en las de Montánchez unos van detrás y otros van delante.*

y también con aquellos otros que por su significado o por su léxico se circunscriben a una región con caracteres diferenciadores y propios

- *El trabajo y el saber el cortijo hacen crecer.*
- *El buen labrador en el cortijo, en no el casino.*
- *Del cortijo que no ves no sacarás mucha mies.*

aunque es posible que el mismo refrán lo encontremos en otra región pero con el léxico «adaptado» a sus características pro-

pías, lo cual invalida la de por sí ya dificultosa localización del origen de la paremia.

Por todo ello nos parece muy arriesgado hablar de refranes españoles autóctonos o de refranes franceses de nacimiento, y mucho menos de refranes andaluces, gallegos o asturianos, de Flix, Aranda o Montilla, y sí en cambio podemos referirnos a refranes en catalán, castellano, asturiano, gallego, etc... o de refranes populares en tal o cual región. Ello es comprensible y del todo justificable ya que a poco que nos adentremos en una paremiología comparada encontramos numerosos ejemplos como

- *Quan la Candelera plora l'ivern ja és fora, tant si plora com si riu, l'ivern encara és viu.*
- *Se a Candeia chora está o inverno foïra, sea Candeia rir, está o inverno por vir.*
- *La veille de la Chandeler l'hiver se passe ou prend vigueur.*
- *Si prove o nevica per Candelora d'ell inverno siamo fora, se é sole o solicello, diamo in mezzò al verno.*
- *Quando a Candelaria chora a metade do inverno vai fora, que chore que deixe de chorar a metade do inverno está por pasar.*

cuya relación con la realidad geográfico-climática de los países respectivos es del todo dudosa si tenemos en cuenta las diferencias existentes entre sus respectivos climas, pero cuya pertenencia a un mismo ámbito cultural, el latino, está en cambio fuera de toda duda.

Podemos concluir por todo ello que tal vez sea posible localizar geográficamente el refrán cuando éste lleva una referencia muy concreta e identificable, pero, a pesar de ésta, si realizamos una comparación paremiológica es posible que encontremos la misma o parecida idea transformada, adaptada y «traducida» a las lenguas de los distintos ámbitos vecinos que posean en común unas mismas realidades físicas o bien, como hemos comprobado, un mismo ancestro cultural o histórico.

II. El problema lingüístico: arcaísmos, dialecto... o invención.

Contrariamente a lo que podría creerse, la lengua de los refranes –y con ella su sintaxis– dista mucho de adaptarse a lo que conocemos como «léxico estándar» y «estructuras sintácticas comunes» del español actual. Por ello seguramente nos equivocáramos –y en eso estamos completamente de acuerdo con el prof. Lázaro Carreter– si creyésemos que las peculiaridades propias del

refranero son debidas a los períodos de fijación de las sentencias (por lo tanto, arcaísmos) o su lugar de procedencia (y, por lo tanto, dialectalismos). Como hemos comprobado repetidamente en nuestro estudio, en la mayoría de las ocasiones los pretendidos arcaísmos, que «suenan» como tales al hombre de nuestro siglo, «sonaban» igualmente extraños al hombre de la época de fijación del refrán, es decir, este pretendido resto fosilizado en el interior de un refrán o una sentencia no es tal, sino un elemento extraño, un artificio lingüístico-alienador que en ningún momento de la historia del refrán respondió a las características de la lengua a la que pertenecía.

¿Razones de esta especial estructuración de la lengua del refranero?. Alguna de ellas ya la hemos apuntado: el artificio, la nota léxica original, ajena a la lengua, tendrá por misión la de «extrañar el mensaje y acuñarlo en la memoria». Esto es, los falsos arcaísmos, los pretendidos dialectalismos, las creaciones léxicas con mayor o menor sentido y los significantes vacíos de contenido conducirán a una mejor fijación del mensaje, le conferirán originalidad y personalidad, lo identificarán como «discurso repetido» frente al lenguaje común de creación libre.

Otra posible razón de estas creaciones léxicas extrañas a la lengua de fijación del refrán (lo que no obstaculiza el que éstas pertenezcan a alguna otra lengua o dialecto reales) es en buena medida la de facilitar la rima cuando ésta es necesaria al refrán. En efecto, la inmensa mayoría de los refranes pertenecen por su construcción métrica y por su entonación, así como por su peculiar rima interna, a unos esquemas –tipo prefijados. Unas cuantas fórmulas cobijan la casi totalidad de los refranes de la lengua: expresiones como «quien.../...» con estructuración isosilábica (Quien mal anda/mal acaba), bimembre, esquemas como el «a buen.../mal...», y otros del tipo «Donde.../...», también de estructura bimembre, responden en su mayoría a formulas rimadas y exigen, por lo tanto, que su léxico se adapte a estas necesidades. Cuando esto no se logra siguiendo la estructura «normal» del léxico se recurre a la invención, a la creación:

- *Jacinto, /no te lo consinto/ que mezcles blanco con tinto.*
- *La viña que no se planta despacio/antes de un año dará agrazo.*
- *Guárdate de molino por confin y de puerco por vecín.*
- *Do buey viejo no tose con mal anda la hoce.*
- *Ara bien y hondo y cogerás pan en abondo.*

Este recurso de creación léxica no es ni mucho menos privativo de la lengua de los refranes. Otras fórmulas estereotipadas, pertenecientes también al «discurso repetido» o «lenguaje literal» (las coplillas infantiles y las fórmulas esotéricas y rituales) poseen en mayor medida un léxico propio, asemántico, que facilita su fijación a la vez que responde a las exigencias del ritmo y la rima propias de estos tipos de expresiones.

Pero no termina ahí la innovación del refrán. En igual medida que en el campo léxico, en el sintáctico el refrán rompe la norma, desborda e incumple las realizaciones sintácticas propias de la lengua estándar e invade el campo de la creación intencional, pero con una sola y grave diferencia: el refrán crea una vez la fórmula nueva y después desaparece de su ámbito esta facultad, una vez ha sido creada, eso sí, con originalidad, pasa a fosilizarse y se repite una y otra vez, estereotipada, negando la competencia del hablante. Es en este sentido que su estudio merecería, a nuestro entender, una mayor atención por parte de los modernos lingüistas.

Esta sintaxis propia y atípica, que impide ver el refrán como reflejo de la lengua del pueblo que lo usa, puede venir condicionada tanto por la vocación generalizadora y universalista del refranero (que le impide «temporalizar» y le sugiere construcciones infinitivas):

- *Subirse a la parra.*
- *Valer la torta un pan*

como por su proclividad al empleo del «truco», del juego semántico que suponen fórmulas nominales carentes de representación verbal, ya sea ésta simplemente temporalizadora (cópula) o léxica:

- *Viandante, vendimiente.*
- *Los padres a yugadas y los hijos a pulgadas.*

Se equivocaría plenamente por lo tanto quien, a la vista de las abundantes construcciones nominales, arcaizantes, elípticas, bimembres, dialectales, entonadas y rimadas del refranero de una lengua, creyese que esto fiel reflejo de las construcciones normales de tal lengua. El refrán es ante todo una fórmula mnemotécnica, y como tal se vale de artificios y peculiaridades que le sirvan a tal fin, porque no olvidemos que, como fórmula fija, posee una estructuración y ordenación lingüística propia que no debemos confundir con la realización común de la lengua.

III. El problema didáctico: su verdad y su mentira.

A pesar de que el mismo Refranero sale al paso de cualquier acusación de falsedad con sus sentencias

- *¡ No hay refrán que no sea verdadero !*
- *Los refranes son depuradas verdades.*
- *Refranes que no sean verdaderos y febreros que no sean locos, pocos.*
- *Tantos refranes, tantas verdades.*
- *Refrán viejo, nunca miente.*

y otras similares, nos encontramos muchas veces ante el dilema de o bien creer que realmente sus consejos y sentencias son «Evangelios chicos» o bien poner en tela de juicio sus verdades, al parecer, irrefutables. Cuando nos sumergimos en el mundo de los refranes y vamos descubriendo la cantidad y variedad que de ellos poseen nuestras lenguas peninsulares debemos lógicamente aguzar nuestro sentido crítico, ya que es desde luego imposible que todos, muchos de ellos contradictorios o en franca oposición con las leyes de la lógica, encierren el mismo grado de verdad. Podríamos decir que el razonamiento de que los refranes son pequeños retazos de sabiduría práctica y que responden a verdades empíricas se puede sustentar cuando se conoce un cierto número de paremias, pero al tiempo que se ahonda numéricamente en el conocimiento del Refranero no queda más remedio que retractarse de tales supuestos, tantas son las incoherencias, contradicciones y falsas apreciaciones que los refranes contienen.

Del mismo modo, ¿cómo cabe esperar que un pueblo tan proclive a emplear estas sentencias prefijadas pueda ponerse de acuerdo?. Cada español puede y acostumbra a apoyar sus aserciones –generalmente «en contra» de otras– con un buen número de refranes y frases sentenciosas en calidad de armas arrojadas que encuentran irremediabilmente su respuesta en otro u otros refranes contrarios que su interlocutor blande con idéntica fruición. A la vista de todo este panorama cabe preguntarse por la ética del refrán, por su motivación, y desde luego, por su veracidad.

En el caso que nos ocupa y del que sacamos las experiencias para nuestras conclusiones, los refranes agrícolas parecen merecer una mayor disculpa o justificación en sus contradicciones. Siendo la Península Ibérica un conglomerado tan heterogéneo de pueblos, paisajes, climas y tradiciones, resulta del todo lógico

prever la múltiple variedad de sus refranes agrícolas, que no hacen más que reflejar una realidad polifacética y en algunas ocasiones, contradictoria.

Ocurre así con refranes como

- *Agosto frío en rostro*
- *Agosto fría el rostro*

en los que un primitivo refrán (no sabemos cuál) ha sufrido una transformación léxica para adaptar su contenido semántico al área de difusión, teniendo en cuenta la diferente realidad climatológica de zonas como la andaluza y la asturiana, por poner un ejemplo. De Covadonga a Rota existe tal diferencia cultural y climática que ya por sí sola justifica las oposiciones que, en el campo de las técnicas y cultivos agrícolas, encontramos en el Refranero. Otras parejas, entresacadas también de nuestra colección, poseen las mismas informaciones contradictorias incluso dentro de un concreto espacio lingüístico:

- *Pluga de maig, collita segura.*
- *Aigua de maig, mala pels sembrats.*
- *Nadal en dimarts, mal pels sembrats.*
- *Nadal en dimarts, pa i vi de totes parts.*

Mención aparte merecen los refranes de contenido menos específico y con intencionalidad claramente moralizadora. En ellos las contradicciones no se justifican por razones geográficas sino por responder a criterios propios de la persona o grupo social propagador del refrán. Su nacimiento y difusión pertenecen ya al campo de la opinión personal y permiten en muchas ocasiones que una misma sentencia sirva para apoyar criterios muy distintos, en relación con la intencionalidad del hablante, en relación con el contexto lingüístico y extralingüístico en que se emplea y en relación, en fin, con el momento histórico y sus connotaciones propias.

Otro problema que influye en la verificación del refrán es el de la calidad de la transcripción. En muchas ocasiones un refrán o una expresión pierde su configuración original en las sucesivas reelaboraciones a las que se ve sometido, tanto por su pervivencia oral como por su inclusión en Refraneros. Así podemos encontrar refranes aparentemente distintos que son en realidad el mismo pero que, por un error de transcripción o por un defecto de la transmisión oral, han «degenerado» en algo distinto y apenas reconocible. Ocurre así con algunos de los que nosotros hemos estudiado, como los ya citados por Nieves de Hoyos

– *Agua por S. Mateo, puercos, vendimias y gordos borregos.*

cuya significación se nos escapa y que es en realidad

– *Agua por S. Mateo puerca vendimia y gordos borregos.*

que, por error del copista, se ha convertido en algunas colecciones en el refrán anterior. Algo similar ocurre en el recogido por nosotros en el refranero de Pérez Contel

– *Pan de boda el horno lo adoba*

que encuentra su explicación en este otro del maestro Correas de clara significación

– *El pan de la boba el horno lo adoba.*

También otro tipo de expresiones o refranes para los que no encontramos hoy en día explicación se la deben a las transformaciones que ha sufrido su léxico a través de los tiempos, generalmente por haber perdido el hablante conciencia directa de la realidad concreta a la que el refrán aludía. Éste es el caso de la expresión.

– *A mí, Prim.*

que ha perdido actualidad en nuestra sociedad y que, por lo tanto, ha dejado de representar una realidad concreta para el hablante de hoy, que no tiene conciencia cierta de su significación y que ha sustituido por la frase inespecífica, de carácter todavía muy popular:

– *A mí, plim.*

Y lo mismo ha ocurrido, con la expresión

– *No hay atutía*

cuyo vocablo *atutía* ha perdido vigencia en la lengua actual, y al que el hablante por no tener conciencia de su significado ha sustituido por aproximación fonética por el popular

– *No hay tu tía.*

La veracidad de otros muchos refranes viene condicionada en gran medida por el momento histórico de su nacimiento o fijación. Dentro del campo agrícola hemos de tener en cuenta, a la hora de juzgar las afirmaciones relacionadas con el Santoral, el cambio efectuado en dichas efemérides por la implantación del calendario gregoriano, así como, a partir del Concilio Vaticano II, en relación con otras festividades trasladadas de fecha por la Iglesia. Pero en realidad las mayores discrepancias podemos en-

contrarlas a la luz de nuestro siglo veinte y del progreso científico y tecnológico que éste comporta. Hoy en día verdades que parecían inmutables, basadas en las más altas leyes de la Madre Naturaleza, son puestas en cuestión por el pensamiento científico y social de nuestro siglo. Un refrán de los recopilados en este estudio

– *Aventar sin viento y parir antes de tiempo no puede ser.*

ha perdido todo su vigor y razón a la vista de los adelantos de la tecnología agrícola y de la medicina ginecológica respectivamente. El refrán, la sentencia inmutable, y con él las verdades eternas, se tambalea y pierde inexorabilidad. No nos sirve y tenemos que sustituirlo.

Y aquí se nos presenta nuevo dilema frente al refrán y su mundo.

IV. El problema ontológico: su razón y su pervivencia.

La razón del refrán hemos de buscarla en las causas que motivaron su nacimiento. Ya hemos hablado en nuestra clasificación paremiológica de los refranes cuya intencionalidad de uso, y probablemente de creación, se debe principalmente a un propósito informativo. Algunos refranes son realmente sólo eso, fichas mnemotécnicas, órdenes o pautas de trabajo que representan el caudal de conocimientos y de cultura transmitidos por tradición oral. En nuestro caso son informaciones condensadas de tipo agrícola, sirven de Catecismo del Agricultor y de ellas saca el campesino todas las enseñanzas que le ha transmitido la experiencia de sus mayores. En este sentido el refrán es, como opina el lingüista Coseriu, una forma de literatura, a la vez que, según la definición que de ello da Lotman, también primordialmente cultura. Sin embargo de esta primera motivación informativa puede, a través de una pérdida de especificidad, pasar a significar conceptos de orden moral o espiritual mediante la transposición metafórica de su contenido semántico.

Ejemplos clásicos de esta misión informativa y transmisora de cultura del refrán los tenemos en gran número. Valga de muestra el siguiente, que informa además de la cronología de los trabajos agrícolas:

– *Labra, estercola, siembra, escarda y espera, que Dios velará por tu sementera.*

En otras muchas ocasiones la información que transmite el refrán viene mediatizada por el contexto

– *Desde el quince (de Agosto) mies en la era poco bueno le espera.*

o por ciertos «trucos» semánticos a los que es muy aficionada nuestra alma popular, que dificultan en gran manera la comprensión de muchos de los refranes que se nos ofrecen en colecciones, desligados del contexto. Ejemplos de entre los de nuestra colección son

– *Julio, trigo en el surco.*

– *Trigo santero no llena granero.*

que requieren un esfuerzo de identificación por parte del hablante para reconocer en ellos al «surco» de la tolva del molino y no al del arado, como parece desprenderse de una primera interpretación, y al adjetivo «santero» como relativo a la festividad de Todos los Santos.

Pero, en realidad, la verdadera justificación del refrán es la de transmitir ideología. El refrán como forma de presión social y de coacción es norma impuesta por todos y para todos sin que su sospechosa ideología altamente conservadora nos informe claramente de cuáles son sus inspiradores. Desde luego no fueron las mujeres porque son ellas las peor tratadas por el refranero (aunque su inconsciente masoquismo las llevase a propagarlo), ni tampoco los gremios artesanales, ni las profesiones liberales, siempre tan denostados en sus sentencias, ni los cortesanos o gentilhombres, a los que no cesa de zaherir con sus pullas, ni los zafios campesinos, ni siquiera los señores, pues ni ellos se libran de sus diatribas. Hay un refrán para cada hombre y cada ocasión y aunque su ideología represora extiende su influencia mayoritariamente entre las capas populares que se sirven de ellos con más asiduidad, su código de conducta va dirigido a la generalidad de los hablantes de una lengua, que lo reproducen y lo perpetúan.

En relación con la segunda parte de estas cuestiones, el problema de la pervivencia del refrán, una pregunta que seguramente se habrá hecho repetidamente el lector del Refranero es la de la repercusión real de estas paremias en la lengua hablada actual, la de su uso y difusión en nuestra sociedad. En otras palabras, se ha preguntado, seguramente, si el español actual, el ejecutivo, la secretaria, el mecánico, la profesora, el controlador aéreo, la peluquera o el piloto de pruebas emplean comunmente en su conversación algunos o muchos o ninguno de estos refranes recopilados en las colecciones hispanas.

La realidad es que el lector, experimentando en sí mismo

como hablante de su lengua, podrá reconocer como propias algunas expresiones o unos cuantos refranes; de entre ellos posiblemente se sirva o se haya servido de un cierto número en sus conversaciones, y el resto, el numerosísimo resto de paremias, le son desconocidas. Pertenecen, eso sí, a su lengua, alguien en algún lugar se valió de ellas, pero el hablante no tiene no puede tener, conciencia de todas y cada una.

En cuanto a si el empleo de refranes o frases hechas sigue vigente en nuestra lengua, a los hechos nos remitimos. Quizá no sean los refranes, ni precisamente los por mi estudiados, los agrícolas, los que emplea el hablante español con mayor frecuencia en la actualidad, pero si dejamos aparte la terminología diferenciadora y hablamos, con los modernos lingüistas, de *lexías textuales*, *discursos repetidos* o *estructuras estereotipadas*, veremos que éstas continúan siendo moneda común en nuestra sociedad. Es más, incluso podríamos constatar, si nos dedicásemos a ello, un ligero aumento de su difusión.¹⁰ Claro está que ahora no nos encontraremos frente a paremias predominantemente agrícolas como ha ocurrido en España a lo largo de su historia; el campo, la vida agraria, ha dejado de representar el caldo común de cultivo de la personalidad española; nos encontraremos en cambio frente a otros contextos culturales que tendrán suficiente fuerza unificadora y serán sobradamente compartidos por todos nosotros como para poder servir de catalizadores; el mundo de los deportes, el del espectáculo, el político o el laboral habrán despojado de su solio al agrícola, pero, por el mismo motivo, lo habrán reemplazado. El hablante actual empleará expresiones nacidas en estos ámbitos culturales, y dará lugar al mismo proceso de *catálisis lingüística*¹¹ empleando locuciones como

- *Tener más moral que el Alcoyano...*
- *Madre no hay más que una...*
- *La calle es mía...*
- *Puedo prometer y prometo.*

y tantas otras expresiones que acuña la voz anónima del pueblo o la conocida de su autor, que difunden los medios de comunicación, cuya pervivencia histórica está por demostrar y cuya constatación corresponde, naturalmente, a nuestros sucesores.

*Facultad de Filosofía y Letras
Tarragona*

NOTAS

- ¹ Cuando el prof. Lázaro Carreter habla de la desaparición de los refranes en nuestra sociedad está hablando de éstos en su sentido proverbial estricto, en su papel moralizador, de control ideológico de una sociedad que, como la nuestra, escapa a controles tan burdos aunque caiga en otros de fisonomía más sutil; pero no creemos que se refiera a lo que nosotros entendemos en sentido laxo como paremia: expresión esclerotizada, frase hecha, «muletilla» apoyo lingüístico, etc. Fernando Lázaro Carreter. «Literatura y Folklore» en *Estudios de lingüística* E. Crítica. Barcelona, 1980.
- ² Eugenio Coseriu. *Principios de semántica estructural*. Biblioteca Romántica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1977, pag. 115.
- ³ F. Lázaro Carreter, *op. cit.* pág. 208.
- ⁴ Una cierta literatura, la del periodismo, hace frecuente uso –y abuso– de esta forma de expresión estereotipada e incluso se vale asiduamente de recursos estilísticos basados en la trasposición de frases hechas de carácter popular en el texto y enunciado de sus artículos. Véase a este respecto un estudio de Emma Martinell en el Anuario de Filología de la Universidad de Barcelona n.º 4 año 1978 págs. 317-334: «Un fenómeno lingüístico en los titulares de CAMBIO 16».
- ⁵ Una obra al respecto, la del prof. José M. Casas Homs, el *Refranero Latino-Castellano*. Sevilla 1945, refleja pormenorizadamente las fuentes clásicas de nuestras paremias.
- ⁶ Nieves de Hoyos. *Refranero Agrícola Español*. Ministerio de Agricultura, Madrid 1954.
- ⁷ Martínez Kleiser. *Refranero General ideológico español*. E. Hernando. Madrid 1953.
- ⁸ De la encomiable obra del paremiólogo y folklorista catalán Sebastià Farnés: *Assaig de paremiologia comparada* (Barcelona 1913) solamente vió la luz el primer volumen que reúne las paremias comprendidas entre Abarcar-Amich, ordenadas alfabéticamente.
- ⁹ Sobre todo si tenemos en cuenta que el refrán por su misma naturaleza e intencionalidad tiende a la generalización, y es por ello fácilmente traducible o adaptable a distintas zonas mientras éstas posean un cierto número de rasgos comunes. Las diferencias etnográficamente pertinentes deberemos, en la mayoría de los casos, buscarlas en otros elementos lingüísticos, el léxico por ejemplo, que no encuentran su reflejo en la paremia.
- ¹⁰ Baste seguir atentamente la prensa, sobretudo los artículos de opinión, las revistas frívolas, la radio y los mensajes publicitarios (dejando aparte por su evidente especificidad los lenguajes referidos al deporte o a los toros) para comprobarlo. Se valen de frases hechas y de expresiones tipificadas los locutores de radio y T.V., los personajes entrevistados, los artistas y los políticos. Y no solamente en nuestro país. Es conocida la propensión paremiológica de los dirigentes del Kremlin (procedentes, como nosotros, de un país que tiende a ejemplificar). Entre sus frases célebres recordamos la de N. Krutchev acerca de Alemania Occidental: «Quien duerme con perros se levanta con pulgas».
- ¹¹ El concepto de *catálisis lingüística*, ha sido desarrollado por el prof. Francisco Marsá en «Catálisis cultural en procesos semánticos», revista ETHNICA. Revista de Antropología n.º 3. Barcelona 1972.